



PEDRO UGARTE TAMAYO, *Antes del Paraíso*, Páginas de Espuma, Madrid, 2020, 131 pp. ISBN: 978-84-8393-279-7.

Hay momentos en la vida en que adquirimos plena consciencia de un accidente aparentemente tan sutil y aleatorio como que nuestro balcón no tenga vistas al mar, cuando sí las tienen los de la escalera contigua, y entonces nos paramos a pensar si nos hallamos ante una simple cuestión de azar o si se nos escapa algún detalle que los demás conocen y a nosotros nos ha pasado desapercibido. Algo así le ocurre a Jorge en “Tarde para un adiós”, que siente que la desgracia “explicaba su vida y le daba sentido” (p. 131) después de ver cómo su mujer se va de casa con su hija sin dar mayores explicaciones. Está claro que la suerte, a veces, cumple un papel determinante, como en el caso de los Herrera, personajes de “El premio”, que acaban ganando un billete de la lotería primitiva. Sin embargo, ya vemos en este mismo relato que algo huele a podrido, que la deshonestidad, el engaño y las cartas marcadas imperceptiblemente pueden estar detrás del éxito no compartido. Y si está trucada la rueda de la Fortuna, es fácil comprender qué siente el padre de Anita cuando esta le pregunta con candor si los esfuerzos tienen siempre una recompensa. “Verdad, Anita. Eso dicen” (p. 83), responde con piadoso optimismo este padre (también llamado Jorge) que procura conformarse con una vida llena de esas *pequeñas cosas tristes*. En él y en el resto de personajes homónimos —con los que también comparte la sinceridad y el esfuerzo dirigido a guardar un precario equilibrio existencial— advertimos las distintas figuraciones del yo del autor.

Pedro Ugarte (Bilbao, 1963) cuenta con una amplia experiencia en varios géneros, desde la poesía, con obras como *Incendios y amenazas* y *El falso fugitivo*, pasando por la novela, con *Los cuerpos de las nadadoras* (finalista del Premio Herralde en 1966 y Premio Euskadi de Literatura), *Una ciudad del norte*, *Pactos secretos*, *Casi inocentes* (Premio Lengua de Trapo de Narrativa 2004), *El país del dinero* (Premio Logroño de Novela 2011) o *Perros en el camino*; también el diario, la historia y el microrrelato, hasta llegar al género cuento, en el que más ha destacado, con libros como *Los traficantes de palabras*, *Manual para extranjeros*, *La isla de Komodo*, *Guerras privadas* (Premio NH de Libros de Relatos 2002), *El mundo de los Cabezas Vacías* y *Nuestra Historia* (Premio Setenil 2017), además de participar en algunas de las antologías más significativas de narrativa breve española de las últimas décadas. Queda sin mencionar su trayectoria como responsable de prensa, columnista y colaborador en programas radiofónicos, que le valió el Premio Julio Camba de Periodismo en 2009.

Los ocho relatos de *Antes del Paraíso* vienen a completar la senda trazada por aquellos diez recogidos en *Nuestra Historia*. Si en este había una mayor presencia de lo sobrenatural o extraño que, en la línea de Kafka, se insertaba en un contexto realista (baste recordar cuentos como “Verónica y los dones”, “Enanos en el jardín” o “Mi amigo Böhm-Bawerk”), ahora el compromiso social y moral adquiere un mayor peso,

aunque ya se había anticipado anteriormente con cuentos como “Días de mala suerte” u “Opiniones sobre la felicidad”.

Antes del Paraíso (2020) nos muestra un paisaje desolado por el subempleo, las expectativas vitales fracasadas, el cansancio y la desesperanza en unos seres confusos y temerosos ante la implacable erosión del tiempo en sus vidas, ante las amenazas de un entorno abrasivo que les puede arrojar a la soledad o la miseria si no tienen acceso, simbólica o materialmente, a esas casas con vistas al mar, “erigidas para acoger una vida feliz, o alguno de sus convincentes sucedáneos” (p. 125).

La de Ugarte es una mirada lúcida y profunda como pocas (que comparte mucho con la de un Antonio Muñoz Molina o un Luis Landero), proyectada sobre la realidad con el fin de rescatar algunos fragmentos del mar uniforme y proceloso de nuestra existencia cotidiana, y que, una vez observados detenidamente, pasan a colmarse de sentido. En alguna conferencia, el escritor vizcaíno ha diferenciado el libro *con* cuentos, que se estructura de forma espontánea y por almacenaje, del libro *de* cuentos, organizado en base a alguna línea temática, personaje o espacio comunes. Tanto *El mundo de los Cabezas Vacías* (2011), como *Nuestra historia* (2016) y *Antes del Paraíso*, son libros *de* cuentos configurados en su mayor parte en torno a un mismo personaje (Jorge), con una voz narrativa en primera persona prácticamente invariable y un motivo vertebrador, que es la búsqueda —siempre dificultosa— de la precaria felicidad en el mundo de hoy. En el cuento que da título al último libro, Jorge cuestiona las creencias religiosas de su padre —convencido de que habrá, después de esta vida, otro lugar mejor— cuando observa su adicción al alcohol como única salida a las estrecheces diarias. Escapismo, falsedad y traición son lacras repetidas que envilecen a varios personajes de esta colección de relatos. En “Viejo cuchillo, filo oxidado”, Jorge enuncia uno de los *leitmotivs* del libro: “La verdad. Cómo distinguirla de la mentira, y de esas complicadas imaginaciones que alumbran los seres humanos y que utilizan para dar sentido a todo” (p. 73). El personaje pasa media vida tratando de combatir los sueños de grandeza de su madre, fascinada por un glamuroso episodio del pasado del que constantemente presume. El clasismo es el elemento central de su identidad. Cuando esta muera, Jorge se verá en el compromiso de tener que desmentir o ratificar ante su pequeña hija las fantasías de su abuela. Sabedor del poder que las complejas relaciones entre verdad y fantasía tienen para sustentar la vida, decide posponer el dibujo de la cruda realidad en interés de la niña, y así permitir el comienzo de otra etapa, en una casa nueva que acogerá los auténticos recuerdos de sus vidas.

Encuentro en la actitud sabia y noble de Jorge un correlato del buen escritor y del buen lector: aquel que sabe distinguir ilusión y realidad sin renunciar por ello a ninguna de las dos. Los beneficios de este maridaje se contraponen a la evasión y la confusión antes mencionados, que son propiciados por la serie de ficciones que infectan la sociedad contemporánea: el dinero, el éxito social, los *reality shows* (el nombre no puede ser más equívoco), una independencia divinizada que aboca a la soledad, las imágenes manipuladoras y una palabrería vacua de intenciones ocultas. Espléndida, a este respecto, la caricatura que hace en “El ancla” de una mercadotecnia que se sustenta en la opacidad artificiosa de los anglicismos. Frente a estas ficciones fraudulentas, las de Ugarte muestran cómo la codicia, los sueños de grandeza y otros sucedáneos de nuestro mundo solitario y egoísta son capaces de acabar con la alegría y la dignidad de unas vidas sencillas y laboriosas, de consumir la esperanza, agrietar la familia y hasta enrarecer en nuestra tecnificada sociedad la llegada de más niños, “lo más puro y más grande y más hermoso que existirá jamás sobre la Tierra” (p. 124), como dice el narrador de “La familia de Erasmo”. En el universo familiar descrito, los niños acaban sufriendo las consecuencias de las decisiones de sus mayores, y con ello

ponen en evidencia su incompetencia y ridiculez, la falta de sinceridad y contenido de sus vidas, aunque también se convierten en la última posibilidad de redención para los adultos.

Esta cruda relación de maldades no está reñida con la benevolencia, la ternura y el humor que caracterizan el tono del autor, y que lo entroncan con la mejor estirpe cervantina. Ugarte dedica su mirada más compasiva a describir el esfuerzo con que muchos sobrenadan en medio de imposiciones y desgracias, y que los engrandece a ojos del lector. En los desenlaces de estas historias, se aprecian diferentes combinaciones de tintes cómicos, ácidos, trágicos e incluso cercanos a lo grotesco, aunque nunca deshacen ese ligero acento de irónica melancolía que ya forma parte de la identidad narrativa del escritor vasco.

Advierto otro signo distintivo de la escritura de Ugarte en su habilidad para introducir el tiempo en sus cuentos. Si, según Baquero Goyanes, una de las características que definen la ficción breve en prosa es la condensación del espacio-tiempo, Ugarte logra vencer esta restricción introduciendo en sus relatos grandes saltos temporales, que resumen la decadencia y muerte de los padres, el crecimiento de los hijos, bodas, separaciones y la llegada de nuevas generaciones. En esas familias que pueblan las ficciones de Ugarte, el tiempo actúa como un agente disolvente, acortando las esperanzas y acumulando desdichas y rencores. Una de las manifestaciones más evidentes de esta dilatación temporal de la que hablo es su habilidad para componer finales abiertos en los que la intriga queda resuelta solo parcialmente, y que tienen el efecto de proyectar la narración con extraordinaria fuerza hacia el futuro, que adivinamos unas veces desalentador, como en “Pequeñas cosas tristes”, “La familia de Erasmo” o “Tarde para un adiós”; y otras, prometedor, como en “Viejo cuchillo, filo oxidado” o “Cliente fantasma” (aunque en este último hay cierta ambigüedad). De este modo, los relatos superan las limitaciones del género y nos ofrecen, mediante unas cuantas pinceladas sabiamente distribuidas y otras discretamente esbozadas, un cuadro completo de las vidas de sus protagonistas, que de inmediato evocan en nuestra memoria el recuerdo de tantos otros seres de nuestro entorno (amigos, familiares, hijos, vecinos, compañeros de trabajo...). Josep Pla solía afirmar que él no inventaba nada porque carecía de imaginación, de modo que, como escritor, se dedicaba a observar y escuchar lo que le circundaba para luego plasmarlo en la escritura. Rechazó la novela porque imponía a las historias un final que no existía en la vida real. El narrador de “Cliente fantasma” parece que señala también esta disyuntiva:

En las novelas, en las películas, las historias concluyen con una línea nítida y perfecta, un hito que señala cuándo y cómo todo ha terminado. Pero en la vida no pasa lo mismo. En la vida, las historias no terminan, o terminan de forma abrupta, inesperada, sin verdadera coherencia argumental. Las historias, en la vida, terminan como en las películas baratas, como en las novelas mal escritas. (P. 53)

Creo que en la poética de Ugarte se supera esta dicotomía: la coherencia argumental está presente, aunque soterrada, sutilmente disimulada, con el fin de crear una impresión de naturalidad que el lector percibe desde el primer momento, fascinado por la certeza y la honestidad que desprende todo documento auténtico de lo humano. Como declara Javier Cercas, la mejor literatura es aquella que no suena a literatura, sino que suena a verdad. El tono intimista, vertido en una prosa directa y elocuente, concuerda con la sencillez del ambiente doméstico recreado, en el que no hay lugar para el énfasis ni los discursos grandilocuentes. Los problemas aparecen con la dimensión de las pequeñas tragedias individuales en las situaciones más anodinas (una verbena popular, un partido juvenil o mientras el protagonista pica cebolla para

preparar la cena), aunque no por ello resultan menos dolorosos o contundentes. Con ello, Ugarte nos remite a un mundo terriblemente cruel pero también lleno del calor que pueden brindar los lazos familiares, y, por tanto, conmovedor y cercano.

El resultado de todo esto se sitúa a mitad de camino entre la risa y la tragedia. Con ironía y humor cervantinos, Ugarte desenmascara el universo de nuestros miedos, impulsos dominantes, frustraciones y aspiraciones principales, ocultos bajo la leve pátina de seguridad y control que nos brindan instituciones, convenciones y propiedades. *Antes del Paraíso* es, en definitiva, un purgatorio en el que conviven las almas de personajes como nosotros, esto es, con grandes anhelos y existencias mediocres, mientras procuran expiar sus pecados y conjurar sus demonios interiores. Como Virgilio para Dante, Ugarte se convierte en nuestro guía a través de las galerías y los pasajes de nuestra intimidad más recóndita, propiciando nuestro encuentro con una sucesión de personajes que se detendrán a confesarnos la carga que arrastran sobre los hombros y también el lugar del cielo hacia el que dirigen la mirada, hechizados por el brillo tentador de las estrellas.

Irene Sánchez Sempere